
Presentación

Gustavo Serrano Padilla¹

Publicado: 13/12/2019

Escribir, decía Simone de Beauvoir, es un oficio que se aprende escribiendo; a primera vista puede parecer un lugar de esos comunes, de los que se escuchan cada dos por tres en reuniones de cumpleaños, familiares o en la barra de algún bar más o menos interesante. Sin embargo, dado el contexto actual plagado de una fiebre incomprensible por publicar de todo, por todo y para todo con la única finalidad de agregar unos renglones más a las tarjetas de presentación correspondientes, resulta prudente detenerse a reflexionar si, en rigor, aquella frase que a simple vista parece una obviedad no resulta, hoy por hoy, imprescindible en los pequeños o grandes ámbitos editoriales. Además, por cierto, habría que asumir que muchos de esos supuestos investigadores han dejado de escribir hace mucho tiempo para dedicarse, por ejemplo, a repetir lo que ya se dijo de una y mil formas; en efecto, en ciertos círculos la práctica del “copia, pega y festeja” resulta ser habitual. Asunto que no tendría ningún problema de no ser porque, hoy por hoy, lo que vende y renta es, precisamente, eso: las cantidades de publicaciones que aparecen reflejadas en el Curriculum Vitae de cada cual (esa cartilla llena de méritos, medallitas y listones que, según dicen los expertos en las ventas de sí mismo, habría que adornar cada vez más). En esta época no impera la calidad, la novedad ni la incidencia de las investigaciones, importa aparecer en los índices de las revistas cuya difusión es tan amplia como para que algún estudiante despistado se sirva citar el artículo en su tesis de grado y, así, poder decir que sus investigaciones —otra vez— se están replicando (además, claro, de que sirve para completar el checklist académico). Probablemente es que la lógica del like que Facebook ha puesto tan de moda se les está colando a los “científicos sociales” por lugares que nadie se imaginaba.

Quejas aparte. Aquí se presenta la octava entrega de un proyecto de revista que vio su primer número hace, digamos, unos tres años. La edad no es cosa menor, aunque así parezca serlo. Y es que, si también se asume que, todavía, la juventud

¹ Estudiante de la maestría en Estudios políticos y sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Correo: gustavosp94@outlook.com

encarna una cierta forma de escepticismo y negación de lo que dicta la tradición nos podríamos encontrar, por una vez, con una revista que no juegue con las lógicas desgastadas, marchitas y horrorosas del “primer circuito académico”. Asumiendo que todavía queda una larga lista de entregas en el tintero de los colaboradores, editores y revisores de esta revista, parece preciso detenerse un momento y recapitular, muy sucintamente, la trayectoria de un proyecto que —bien, mal o a veces regular— se ha ido consolidando poco a poco, fruto de un trabajo constante y, según se comenta en los pasillos de las Facultades, de desvelos, disputas, complicidades y, fundamentalmente, generosidad en el trabajo.

También, en algún momento, Henry Miller (1973) llegó a decir que “la mayor parte de la escritura se hace lejos de la máquina de escribir”; hoy, a lo mejor, dicha afirmación suena más o menos anticuada, desfasada temporalmente, anacrónica. En efecto, para empezar, ya ni siquiera hay máquinas de escribir (y las pocas que hay están en algún museo), asunto que no sería relevante de no ser porque los mismos utensilios que se usan para el oficio marcan una pauta, un ritmo y una marca al hacerlo. Escribir a máquina —quien lo haya hecho lo sabrá y quien no se lo puede imaginar— representa, más o menos, una construcción lenta y precisa de lo que se quiere poner en el papel, implica valorar cada palabra con calma de relojero, una precisión milimétrica para no tener —dado el caso— que emborronar la hoja y hacer mil peripecias al tratar de corregir un error. Ahora, en la época de las computadoras portátiles y de los teléfonos inteligentes, la gente escribe lo que sea cuando sea; muestra de ello son, por ejemplo: los críticos sociales en Twitter, los politólogos de Facebook o los filántropos del Instagram que suelen llenar los pies de sus fotos con alguna frasecita motivadora o, los menos enterados, con algún pseudoanálisis de las situaciones sociales, políticas e históricas contemporáneas. Pero volvamos a Miller porque, si lo más importante de escribir está lejos de la propia máquina, esto quiere decir que el ritual, la presencia y el desgaste de sentarse días enteros frente a un teclado no es tan importante como todo lo que ha acontecido antes de llegar a esa pequeña punta del iceberg. Estas cosas pueden ser varias, pero, como esta se trata de una revista sobre Psicología Social, conviene preguntarse qué es lo que hace, en particular, ese pequeño grupo de personas que —a veces con vergüenza y a veces con mucho orgullo— se denominan “psicólogos sociales”. Las respuestas a esto son variadas, todo depende —más o menos— de qué tipo de psicología social se practique; hay quienes, previo a todo esto se dedican a “levantar datos”, que es una forma (casi) científica de decir que se han ido a aplicar cuestionarios, entrevistas, redes semánticas o cualquier otro instrumento de esos que, de un tiempo para acá, pululan en las universidades; otros se meten de lleno al “panorama” nacional o internacional, se les ve pegados a los noticieros, a las redes sociales y a los canales informativos del internet para tratar de construir un análisis socio-político del tiempo presente (a esos, sobre todo, se les echa en falta); algunos más, casi en la misma

línea que los anteriores, se dedican a pasar revista a sucesos históricos ya pasados para, de esta forma, tratar de dar cuenta de la configuración presente, arqueólogos de la historia que buscan en informes, documentos y grabaciones de la hemeroteca el material pertinente; hay otros más, quizás los más huraños, que se dedican a pasarse la vida pensando en tantas cosas que no terminan de aclararse por una y se les puede ver, como dicen quienes no entienden mucho del tema, perdidos en un mundo que, en efecto, no es este.

Se podría decir, entonces, que a la gente que se dedica a la psicología social le gusta eso de escribir. Cosa que podría ser acertada si, como no, no existiera el imperativo de hacerlo. Porque en rigor, abusando de la cita de Henry Miller, habría que decir que hoy en día queda poco o nada fuera de la máquina de escribir que mueva a cierta psicología social a escribir(se); el imperativo viene desde dentro, de la presión académica por publicar, asunto en el que la escritura —como proceso— es prescindible puesto que ya no importa tanto lo que suceda previo o después, sino el mero hecho de hacerlo mecánicamente. A lo mejor uno de esos psicólogos sociales podría ser el protagonista de aquella famosa película de Charles Chaplin, según la cual el mundo se había convertido en poco más que una colección de cintas mecánicas, tornillos oxidados y aparatejos controlados por un botón que, sin importar el proceso, arrojaban resultado.

Y es ahí, en ese panorama de ruidos repetitivos, de pensamientos mecánicos, de repeticiones instantáneas en el que, con cierto grado de burla, con cinismo y con bastante hartazgo de escuchar las mismas cantaleas de toda la vida, aparece esta revista. Hace cuatro años, —meses más, meses menos— surgió esta iniciativa al interior de un pequeño grupo de académicos y estudiantes, la idea de reunirse para, en teoría, generar un espacio de discusión y proyección académica. Y algunos se llegaban a preguntar que, habiendo tantas revistas, ¿por qué pensar en hacer otra más? La respuesta instantánea era que el proyecto pertenecía a la Sociedad Mexicana de Psicología Social, una agrupación más o menos desaparecida, de la que sólo se enteraban los de siempre pero que, de un tiempo para acá, quién sabe cómo, ni por qué, se empezó a dar cuenta que, todavía, le quedaban cosas por decir y que, sobre todo, empezaba a aparecer, en el lejano horizonte, la creación de una generación de psicólogos/as sociales en formación que, buenos, malos o regulares, se mostraban interesados por dejar de hacer las mismas cosas que con tanto ahínco y verbena habían escuchado en los pasillos de sus Universidades (la Universidad Autónoma Metropolitana y la Universidad Nacional Autónoma de México, fundamentalmente). Así, con singular alegría, cada semestre se ha intentado (y se hacen esfuerzos varios para conseguirlo) ofrecer un número, una nueva compilación de textos redactados por plumas diversas que reflejan, evidentemente, formaciones varias dentro del terreno de la Psicología Social. Esta vez, da la casualidad, que se presenta un número al que se le podría denominar, dentro de su variedad,

“homogéneo”, pues varios de los trabajos aquí presentados comparten intereses, perspectivas y hasta retos. Así pues, sin demorar más en el aburrimiento eterno de lo que nunca se termina de escribir, llega el momento de intentar ofrecer una visión más o menos panorámica de lo que, cada cual, podrá encontrar en el presente número.

El número que aquí se presenta, y que ahora el lector tiene en sus manos (o en sus ordenadores o en sus celulares), es el segundo —y por lo tanto el último— del año 2019. Y, en rigor, se podría considerar como un número que intenta cerrar diversos balances en diferentes esferas del pensamiento de la Psicología Social. Llega para terminar y comenzar. Como ya es costumbre (aunque a veces puede ser alterada) se divide en tres secciones principales, a saber: artículos, disertaciones y reseñas. Ahora mismo, como parte de una presentación es menester dar una breve introducción a cada uno de los textos que aquí se ofrecen tratando de articularlos en un conjunto al que se le puede denominar número que, a su vez, pertenece a otro conjunto que se le puede llamar revista y ésta, también, digamos que puede pertenecer a otro conjunto que se llama Psicología Social; por lo tanto, la tarea del texto que sirve como presentación no es tanto la de reseñar, resumir y recomendar la lectura de cada uno de los trabajos aquí presentes sino, de una u otra forma, tratar de articularlos en un campo de conocimiento que, hoy por hoy, se muestra si no más necesario, más interesante.

La primera sección, la de artículos, presenta esta vez tres trabajos que, sorprendentemente, parecen englobarse en una misma línea de pensamiento. Ambos artículos se remontan al proceso político de Perú a través de uno de sus actores fundamentales: el sendero luminoso. En ese mismo sentido conviene englobar a estos dos trabajos dentro de un mismo grupo, aunque cada uno observa y analiza el fenómeno valiéndose de herramientas y puntos de vista distintos.

El primero de ellos, intitulado La influencia del simbolismo cultural sobre la identidad política en militantes del Partido Comunista del Perú – Sender Luminoso (PCP-SL) es una contribución de Eli Malvaceda Espinosa y Yeni Cruz; en él se analiza cómo, a través de diversos artefactos y mediaciones, el grupo aquí mencionado fue capaz de incidir y configurar una especie de identidad en todos sus militantes. El elemento clave en estos análisis es el lenguaje y las construcciones que se dieron alrededor de él. En esa misma línea de reflexión conviene resaltar cómo es que, a través de diversas expresiones artísticas como la poesía o la literatura, las celebraciones, las conmemoraciones, la narrativa y las artes pictográficas se logra consolidar una veta de la identidad política. En efecto, es fácil recalcar que en este trabajo convergen diversas formas de análisis de lo social, histórico y político, así como las dimensiones de lo estético y lo cotidiano en los procesos de lucha política que tuvieron lugar en el siglo pasado a lo largo de Latinoamérica y, en este caso en

concreto, en Perú. Además, para llevar a cabo dicho análisis ha sido necesario echar un repaso breve pero sustanciosos a la historia política de Sendero Luminoso, remarcando el momento histórico en el que fue creado y cómo esto lo impulsó para consolidarse como un actor central en el proceso peruano.

La identidad es otro de los temas recurrentes en la construcción teórico-argumentativa de este trabajo (por no decir que es el punto medular). Ello plantea una cuestión fundamental en el análisis psicosocial y es que, aunque parezca que no, es necesario volver a plantearse las posibilidades epistemológicas y gnoseológicas de dicho concepto pues ello permitirá engarzar diversas esferas de lo social que se articulan en torno a la constitución de eso que, todavía hoy, se le llama identidad. Así, es posible señalar —siguiendo la sugerencia del artículo— la coexistencia de múltiples identidades (políticas, colectivas, sociales, históricas e individuales) que, en conjunto, en forma, dan lugar a una suerte de valor agregado de la identidad.

En este proceso —se señala adecuadamente— juegan un papel predominante distintos artilugios que conforman la identidad. Esto no es un cuento nuevo, pero siempre resulta interesante. Cualquiera que haya echado algún vistazo rápido a un libro de historia política podrá darse cuenta de que, más temprano que tarde, todos los regímenes, partidos, actores y demás, constituyen una propia narración sobre la cual se vierten las ideas, valores, ideologías, metas, objetivos y hasta enemigos. Estas construcciones, por decirlo rápido y mal, componen un carácter pedagógico en tanto guían y estructuran la conformación de una identidad —mal llamada— individual acorde con una —muy bien llamada— social. Y bien, esto podría reducirse a la mera utilización de, por ejemplo, la propaganda política; sin embargo, el texto que aquí se presenta permite pensar dicho proceso desde ángulos de lectura “novedosos” dentro de los que se pueden incluir, digámoslo así, la esfera estética de la sociedad; esto es, por supuesto, las expresiones artísticas e incluso religiosas. Último punto para tomar en cuenta: la memoria. Y es que, en rigor, ¿de qué serviría el esfuerzo monumental de construcción identitaria si no existiera algo que la hiciera permanecer en el tiempo? Cosa que es, palabras más o palabras menos, a lo que la mayoría de los movimientos apuntan: hacerse un lugar en la historia. La memoria, hay que saberlo, funciona como el elemento de lentitud que dota de presencia a las narraciones identitarias construidas, es sólo a través de ella que se puede hablar, en rigor de una identidad.

Si el primer artículo citado hasta el momento parece haber atrapado a quien suscribe esta presentación, hay otro que complementa la emoción de observar un buen análisis sociohistórico. Y es que el texto de Yllich Escamilla Santiago, cuyo título en clave casi poética es: Las luminosas trincheras de combate de Sendero Luminoso. Transformación del paradigma del control de las cárceles del estado peruano muestra una veta de análisis, por decirlo mal, más palpable que las construcciones narrativas. Aquí, dicho de un plumazo, se puede observar las diferentes pautas de

acción y movilización que Sendero Luminoso ejecutó dentro de las cárceles peruanas en una búsqueda de resignificación colectiva. Partiendo de la cárcel como un “instrumento de ortopedia conductual” que, además, representa uno de los mayores aparatos del Estado, se indaga cómo, siguiendo distintos procesos, el espacio carcelario y, por supuesto, los presos, resignifican el sentido de la estancia carcelaria. El cuerpo, en este sentido, juega un papel crucial para dicho análisis pues éste no se entiende más como un mero organismo biológico que interactúa con otros, sino como una frontera del yo en la que se construyen representaciones de sí mismo ante lo social y lo cultural. A través de la deconstrucción del área psicológico-simbólica de dominación se constituye un elemento de identidad ideológica (he aquí la conexión con el trabajo mencionado anteriormente). Este proceso, en palabras del trabajo, permitió transformar a los presos en maquinaria de guerra del Partido al servicio de la Revolución. De los pabellones que reflejaban la “inmundicia, la violencia cruda, el hacinamiento, las carencias, la insalubridad” y todo aquello que cualquier estado trata de ocultar, los miembros del PCP-SL reflejaban, en los suyos, la utopía social a la que aspiraban: orden, alfabetización, hasta progreso. La ilustración se había colado en el ático de las sociedades modernas. Ambos artículos, repasados hasta el momento, conviene tomarlos en una sola lectura que sirva de dos cosas: para enterarse de elementos históricos que se suscitaron en distintas latitudes latinoamericanas y, fundamentalmente, para saber cómo se puede hacer un análisis desde lo infraordinario, según la famosa definición de Georges Perec (2008).

El tercer artículo, esta vez desde el teclado y bloc de notas de José Sánchez Jiménez, si bien deja de tratar sobre temas de Perú, viene a demostrar —con lujo de detalle— la aplicación de una buena investigación psicosocial y, de paso, enseña que no hace falta eso de lo que siempre se llenan la boca algunos científicos sociales, a saber: que las muestras deben ser “representativas”, cosa que han malentendido terriblemente al confundirlas con “cuantiosas”. A través de la construcción narrativa en torno al relato de una curandera nahua, el lector podrá acceder a diversas significaciones y campos semánticos en torno a: las clases sociales, los rituales particulares, la violencia de género (en sus múltiples vertientes), el campo de lo laboral y el terreno de las experiencias y vivencias. Desarrollada a partir del método etnográfico la investigación que aquí se presenta parte indagando los procesos que constituyen a una curandera para, después, enterarse que en medio de todo aquello confluyen una serie de elementos que —si bien se puede pensar que poco tienen que ver— el análisis demuestra como elementos constitutivos de, otra vez, la identidad y el quehacer de las mujeres curanderas. Creo que extenderse más en este momento sobre la historia de Gertrudis sería hacerle una mala jugada al artículo en cuestión; que no suene a que uno lo está pasando por alto, todo lo contrario, queda en la conciencia del lector el hecho de tener que leer la indagación realizada. Y que sirva, sobre todo, para que las nuevas generaciones de psicólogos/as sociales

entiendan, de una vez por todas, que se pueden hacer cosas buenas, bonitas, interesantes y sugerentes sin necesidad de andarle mendigando datos a una realidad que, la más de las veces, se ha cansado de hablar.

Pasamos ahora, sin más demora, a la sección de disertaciones. Aquí, siguiendo la propia tradición, se presentan dos pequeños ensayos con temas variados; pero cuidado, que no por ser ensayos dejan de contar con el rigor y precisión exigidos para su publicación. Eso sí, aparecen como un oasis de pensamiento que permite mirar más allá de, quizás, la marea teórica y conceptual que la sección anterior propuso. Aquí no se vale todo, pero una cosa está clara: se trata de inventar, innovar, crear. Esta es, en rigor, la esfera estética que la revista *Somepso* ha tenido a bien considerar dentro de sus publicaciones.

Ambas disertaciones, curiosamente, tienen como eje fundamental la música. Asunto curioso, a veces da la impresión de que esta vez los autores se han puesto de acuerdo para entregar ensayos que, de nuevo, con sus matices, encuentran puntos de contacto fuertes y permiten al lector entablar un diálogo más o menos fructuoso entre ambas aportaciones. El orden elegido para la presentación de dichos trabajos tiene que ver, fundamentalmente, con la carga teórica presente en uno de ellos, misma que permitirá entablar una línea de discusión con el segundo.

En el trabajo titulado "Los fantasmas de Mark Fisher: Joy Division como síntoma. De música y cultura contemporánea" escrito por Héctor Gómez Vargas, se presenta un análisis general de los cambios en las estructuras temporales en la época moderna. El síntoma es, en efecto, un anacronismo. Siguiendo la argumentación de dicho trabajo es posible decir que hoy en día, la música de Joy Division (y otros tantos grupos), parece haberse revitalizado; cuestión que no es de extrañarse cuando ya desde sus inicios se le consideraba una música más o menos rara, dispar, para gente extraña y una larga lista de etcéteras que da un poco de repelús poner aquí. Las estructuras temporales de la modernidad se trastocan, siguiendo a Mark Fisher, debido a los artilugios tecnológicos que se tienen hoy en día y que, al parecer, difuminan la escisión tripartita que tan bien se concebía en tiempos anteriores respecto a un pasado, un presente y un futuro. En efecto, si se toma por ejemplo las plataformas de Spotify o Youtube se dará cuenta fácilmente que hoy, ese pasado, parece estar disponible 24 horas al día durante siete días a la semana (siempre y cuando se disponga de una conexión a internet más o menos estable); el tiempo presente se ha engordado, dice el autor, a partir de una devaluación del pasado y del futuro o, dicho en jerga historiográfica, a partir del achicamiento del espacio de experiencias y el horizonte de expectativas. Así, aparece una fantasmagoría o, mejor dicho, un espectro; el remanente de un pasado que nunca fue y que, sin embargo, aparece en el presente potenciado por las nuevas tecnologías (cualquiera que se ponga a escuchar algunas cancioncillas de Joy Division en su plataforma favorita podrá sentir escalofríos con los alaridos que se desprenden de aquellos tristes

instrumentos; se recomienda la lectura de la disertación escuchando la siempre famosa Love will tear us apart).

Ahora bien, en concordancia (incluso con los periodos históricos), Jesús Nieto presenta una disertación con un nombre de esos sencillos que a uno lo dejan más o menos perplejo. Rockdrigo/Rodríguez: un paralelismo invita a pensar no sólo en la música y en la industria cultural sino, sobre todo, en el anacronismo en el que, de vez en cuando, la muerte sumerge a los eternos héroes de la guitarra, la voz y el desencanto. Rodrigo González (Rockdrigo) y Sixto Rodríguez son dos figuras de la música a quienes la fama les llegó, quizás, con un pequeño retraso; uno de ellos falleció en aquél terrible terremoto de 1985 en la Ciudad de México, el otro, rodeado por una leyenda negra según la cual el fuego consumió sus últimos segundos; ambos inmortalizados en canciones que retratan —palabras más, palabras menos— la realidad de una ciudad asfixiante y encolerizada; esa de la segunda década del siglo XX, esa en la que ya no se percibía la promesa de un progreso lineal y único para todos, la de los callejones, las plazas a medio llenar, las estaciones de metro que —esas sí— pintaban la promesa de una ciudad bien comunicada. Aquí, también, se cruza el tema del tiempo, pues como alguna vez apuntó Georg Simmel (2016), en la metrópoli el tiempo se subvierte, las estructuras temporales se alteran de una forma imperiosa: lo fundamental se vuelve frágil y efímero, las calles se llenan del tiempo que nunca llega pero que está dejando de ser. Lejos de evitar estas realidades, ambos artistas prefieren confrontarla; algo habrán aprendido de Charles Baudelaire. Jean-Luc Nancy (2013) señalaba que la esencia de la ciudad podía ser leída en un atasco de tráfico que no envuelve su propio destino, ante esto, valdría precisar que también se puede leer en el Metro Balderas, estación mítica donde se quedan embarradas la reputación y el amor.

Hora de cerrar. Para quienes estén dudosos de si vale comprar o no un libro (o fotocopiarlo, o pedirselo a algún profesor) se presentan dos reseñas. La primera escrita por Enrique Ruiz Velasco Sánchez sobre el libro coordinado por Marco Antonio González Pérez, *El impacto de la vida digital en el mundo social*; la segunda por Juan González Sotomayor sobre el libro *Fantasmas de Amalia Quevedo*. Presentar las reseñas que este número contiene me parece, por ahora, algo arriesgado; da la sensación de que convertiría a esta presentación en una reseña de segundo orden, reseñar lo reseñado no es, precisamente, la tarea de una presentación. Sin embargo, sí vale la pena mencionar lo siguiente: como se ha podido ver, este número en particular reúne diversos aportes para pensar lo social, lo tecnológico, lo político y lo espectral; curiosamente, ambas reseñas tocan temas que ya se han señalado en otros momentos. Por lo tanto, enterarse de qué van los libros que en ellas se presentan puede resultar útil para, por ejemplo, algún profesor interesado en salirse de los mismos clichés de siempre o, mejor aún, algún estudiante

curioso que pretenda, al fin y al cabo, intentar otro tipo de psicología social que esa de la que, por algunas páginas, nos hemos dedicado a presentar.

Poco o nada más que decir. Lectores/as, esta revista —ahora y siempre— es toda suya: va.

Madrid, 2019

REFERENCIAS

Miller, H. (1973). Los libros en mi vida. Buenos Aires: Siglo XX.

Nancy, J-L. (2013). La ciudad a lo lejos. Buenos Aires: Manantial.

Perec, G. (2008). Lo infraordinario. Madrid: Impedimenta.

Simmel, G. (2016). Las grandes ciudades y la vida intelectual. Madrid: Hermida.



Introducción por Gustavo Serrano Padilla se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).